

de un pueblo belicoso, meditativo, pastor y voluptuoso en el mundo presente, un *oásis*, un jardín, en donde las aguas, la sombra, las flores, los frutos y los pájaros canoros, mecían la eterna ociosidad de una existencia sin trabajo, miéntras que vírgenes ó esposas celestiales de una belleza divina prodigaban á los escogidos la embriaguez renaciente del amor.

Este éxtasis, contado sencillamente despues de su viaje imaginario al cielo, regocijó á sus enemigos. La simplicidad les pareció demasiado pueril, ó el artificio demasiado grosero. Los de la Meca se rieron al oír esta predicacion. Sus mismos discípulos escandalizaron, y suplicaron al profeta que no volviera á hablar mas de ella. « ¡No, dijo él, yo haria traicion al que me ha abierto los cielos, si sepultaba con cobarde silencio las maravillas que me ha permitido oír y ver! » Algunos neófitos perdieron la fé y abandonaron su secta.

Ali persistió á pesar de los sarcasmos de sus amigos. « ¡Mahoma, dijo, no puede mentir; supuesto que lo afirma yo lo atestiguo! » ¡Esta fidelidad hasta en lo absurdo le valió el dictado de creyente bajo palabra!

L

La fortuna quiso al parecer compensar la desercion de sus discípulos, causada por su intempestiva revelacion. Doce ancianos, jefes de los árabes de la ciudad de Yathreb, diputados por sus conciudadanos para verlo, fueron á la Meca con el pretexto de su peregrinacion, y pidieron al profeta una conferencia nocturna en un barranco de la colina Acaba.

Esta conferencia concluyó por una alianza tácita y por un juramento que los doce enviados prestaron en nombre de sus tribus. Mahoma les dió un misionero, llamado Mosad, para que les enseñara sus dogmas, sus leyes y sus ritos.

Mosad predicaba la religion de su maestro á los niños en un jardín de palmeras, cercado de paredes fuera de la ciudad. Sad, el cadí ó primer magistrado de Yathreb, habiendo sabido que un extranjero catequizaba al pueblo contra los dioses, acudió con la lanza en la mano para echar de allí al misionero; Mosad le rogó únicamente que lo escuchara. Consintió Sad en ello, clavó su lanza en la arena y se sentó

para escuchar al innovador. El torrente de verdades que manaban de la boca de Mosad trastornó su antigua creencia. Volvió á la ciudad, reunió al pueblo y le dijo: « ¡Qué soy yo para vosotros!—Tú eres nuestro cadí, el jefe de nuestros consejos, le respondió el pueblo; lo que tú nos dices, lo ejecutamos. — ¡Pues bien, repuso Sad, juro que no he de dirigir la palabra á ninguno de vosotros, hombre ó mujer, hasta que abraze la sublime religion de Mahoma, y profese con él la doctrina del Dios único! »

La mitad de la poblacion de Yathreb fué á escuchar las predicaciones del delegado del profeta. La unidad de Dios que él enseñaba, se difundió como la luz sobre las tinieblas al despuntar el dia. Al fin de aquel año, duodécimo de su predicacion, setenta y cinco neófitos de Yathreb, elegidos entre los magnates del país, fueron conducidos á la Meca por Mosad para prestar juramento de fidelidad á Mahoma.

Estos setenta y cinco creyentes estaban acampados con la caravana de los peregrinos á las puertas de la ciudad. Se escaparon durante la noche del campamento, sin despertar á sus compatriotas, y fueron á conferenciar con Mahoma en un sitio retirado. Los magnates de Yathreb se obligaron, por medio de un tratado que se juró ejecutar, á recibir á Mahoma y sus discípulos en la ciudad, á obedecerle como al repre-

sentante de Dios en la tierra, y á morir, en caso de necesidad, por defenderlo. « ¿Qué nos prometes tú en cambio de esto? » le preguntaron. — El paraíso, contestó Mahoma. — Pero si logramos que tu causa triunfe, ¿no nos abandonarás algun dia para volver á habitar la Meca, que es tu patria? — Nunca, respondió Mahoma, ¡juro vivir y morir con vosotros! »

Imitando sin duda á Jesucristo, que habia escogido doce apóstoles para sembrar su palabra, Mahoma escogió entre ellos doce misioneros para que propagaran su doctrina entre las tribus.

LI

Este tratado nocturno entre los jefes de Yathreb y Mahoma traspasó despues de la peregrinacion á la ciudad. Los sectarios del profeta, de quienes se sospechó la traicion contra su patria, se vieron obligados á huir furtivamente uno por uno de la Meca y á refugiarse en Yathreb. Aunque expuesto todos los dias á morir, Mahoma rehusó el seguirlos, mientras no recibiera, segun decia, la inspiracion de Dios acerca de la hora de su fuga. Abubekre, padre de la

jóven Aiche, y Ali, que entraba en sus veinte años, fueron los únicos que se quedaron con él para defenderlo.

Despues de haber deliberado acerca del partido que era preciso tomar para librarse de la presencia ó del regreso armado de aquel peligroso compatriota, los coraitas encargaron á algunos asesinos, que asaltarán su casa y lo mataran á la noche siguiente. Una indiscrecion ó un presentimiento previno al profeta. Su discípulo querido, el jóven Ali, fué enviado por él á restituir todos los depósitos que los coraitas, aun idólatras, habian confiado á su cuidado por el convencimiento que tenian de su probidad. Ali ejecuta por la tarde las órdenes de su padre adoptivo. « Ahora, le dijo Mahoma, envuélvete en tu manto y acuéstate en mi estera. ¡No temas nada, que nadie te tocará! » Ali coge sin vacilar, á riesgo de morir por él, el manto del profeta y se tiende sobre la estera del profeta. Durante este sueño simulado, Mahoma sale desapercibido de su casa, en medio de las tinieblas de la noche, y entra en casa de Abubekre. — Dios me ordena huir, le dijo. — ¿ Me permite que teacompañe? le pregunta Abubekre. — Sí, respondió Mahoma. Abubekre derrama lágrimas de gratitud.

Dos camellas de carrera y un guía, preparados de antemano para la hora en que Mahoma consintiera

en su salida, aguardaban en el campo á los fugitivos. El maestro y el discípulo salen á favor de la oscuridad. A las tres horas de camino, por la parte opuesta al de Yathreb, por donde podria suponerse que se escaparían, llegaron á una caverna del monte Thour.

LII

Entretanto, los asesinos apostados para matar á Mahoma cuando saliera de su casa por la mañana, hablaban en voz baja en el umbral. Los unos pretendian que los habia burlado y que ya no estaba en casa, otros, mirando por una rendija de la puerta y viendo á un hombre envuelto con el manto verde de Mahoma dormido sobre su estera, contaban con su víctima para cuando se despertara.

La aurora se levanta, Ali sacude su manto y abre la puerta. Los asesinos consternados atribuyen este cambio á una intervencion divina. La noticia de la huida de Mahoma se esparce por la ciudad. Sus enemigos salen en todas direcciones por ver si lo alcanzan. Algunos de sus perseguidores suben hasta la caverna de Thour. Pero viendo suspendido á la entrada un

nido de palomas y una tela araña intacta, que flotaba en la boca de la gruta, juzgan que nadie ha penetrado mucho tiempo hace en ella y se retiran. Mahoma y Abubekre habian respetado con mucha discrecion el nido y habian levantado la tela de araña en vez de destrozarla.

Tres dias pasaron en aquel asilo esperando al guia con las camellas. Esmá, hija de Abubekre y hermana de Aiche, les enviaba por la noche leche y dátiles. Aiche y la mujer de mas edad del profeta se habian quedado por orden suya en su casa. El umbral de los árabes era siempre inviolable por respeto á las mujeres.

Esmá llevó la tercera noche el guia y las camellas á la gruta. Mahoma tomó una; Abubekre, despues de besar á su hija Esmá, montó en la otra y puso á la grupa á su liberto Amir. Para que no pudieran seguirles la pista, los fugitivos bajan hácia el mar en vez de cortar el istmo por las montañas, y siguen por la playa que contorneaba de lejos el territorio de Yathreb. Reconocidos por un guerrero coraita llamado Soraca, al atravesar una tribu marítima, apresuran el paso de sus camellas. Soraca monta á caballo y los persigue con la lanza en la mano para ganar el precio que se ha puesto á sus cabezas. Abubekre se turba y quiere apear-se para combatir á pié. « ¡No

temas nada, le dijo su compañero, Dios nos proteje! »

En el momento en que Soraca va á alcanzarlos, su yegua se cae y rueda con su ginete por la arena. Soraca se levanta, vuelve á montar en su yegua, y emprende otra vez la carrera; la yegua se cae por segunda vez. Su dueño sube de nuevo sobre ella, galopa en pos de los proscritos y grita: « ¡Deteneos, juro que no teneis que temer nada de mí! — ¡Qué quieres pues! dijo Abubekre. — Pido únicamente, repuso el guerrero, que Mahoma me dé una palabra escrita de su mano, reconociéndome por discípulo suyo. »

Abubekre, que no tenia ninguna hoja de palmera para escribir este testimonio de la conversion instantánea de Soraca, coge en el suelo un hueso pulimentado y blanqueado por el sol. Mahoma escribió en él la profesion de fé del coraita. Soraca colocó el hueso en su carcax y regresó á su tribu sin decir nada de sus caidas y de su conversion. Este hueso, escrito por el profeta, y presentado á Mahoma, cuando entró en triunfo en la Meca, fué la salvaguardia del recién convertido.

LIII

Los habitantes de Coba, pueblo próximo á Yathreb, aguardaban al profeta. Este se sentó bajo una palmera á la entrada de la villa para quitarse el polvo del camino. La multitud respetuosa se mantenía á cierta distancia, preguntándose cual sería Mahoma. Con esta duda nadie se atrevía á acercarse temiendo confundir el personaje y ofender al profeta equivocándolo con alguno de sus discípulos. Pero habiendo cambiado el sol, la sombra de la palmera, y desplomando sus rayos sobre la cabeza de Mahoma, Abubekre se levantó, y extendiendo su manto sobre las ramas, cubrió con una sombra mas espaciosa la frente de Mahoma. Esta muestra de deferencia mostró á los curiosos quien era el maestro. Entónces se acercaron y ofrecieron la hospitalidad á Mahoma.

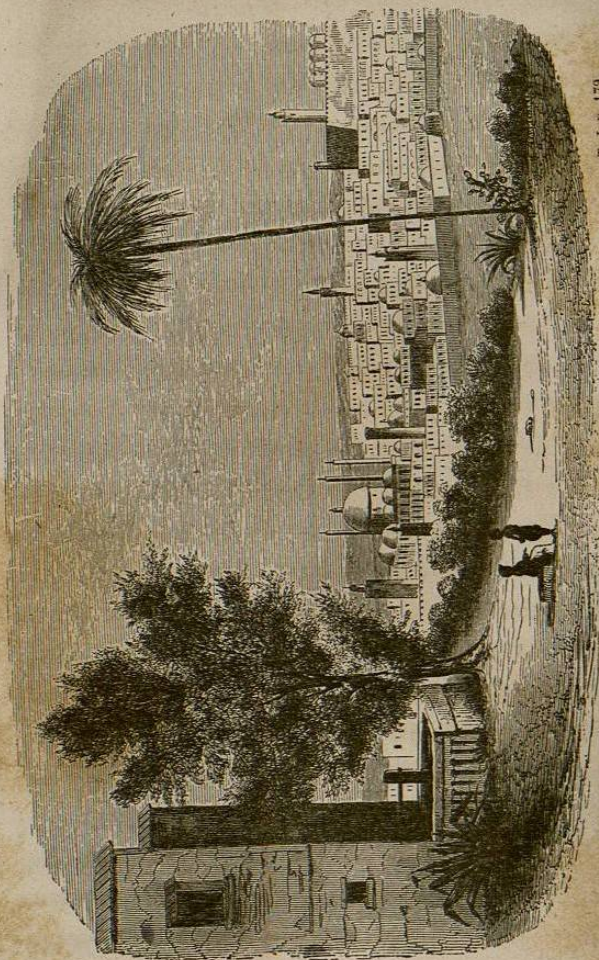
De aquel día, que fué el de la entrada del profeta en el territorio de Medina, 15 ó 16 de junio del año 622 de Jesucristo, data la *hegira* ó la *huida*, era de los árabes y de los musulmanes.

LIV

Alí, que se habia escapado de la Meca, despues de haber salvado la vida de su señor, se incorporó con el profeta en Coba.

Al dia siguiente hizo su entrada triunfal en Yathreb. Disputándose todos los habitantes el honor de hospedarlo, se dejó guiar por el instinto de la camella, á la que atribuyó la virtud divinadora de escoger ella misma el umbral que debia preferir. Acostumbrada la camella á venir cargada de dátiles al mercado de Yathreb, atravesó toda la ciudad y no se arrodilló para que se apeara su dueño hasta que llegó á un terreno vago fuera de los muros, en el que solian los habitantes poner á secar los dátiles. La casa mas inmediata era la de Abu-Aiob, uno de los principales jefes de tribu en la ciudad. Abu-Aiob se apresuró á descargar el animal y á llevar á su casa el bagaje y la alfombra de Mahoma.

El profeta ordenó construir una mezquita en el sitio en que habia echado pié á tierra, con una casa para él y su familia. Él mismo trabajó con sus propias manos, asistido por los habitantes de Yathreb,



YATHREB (MEDINA).

« Todo el que trabaja en la construcción de este edificio, construye para la vida eterna. »

La ciudad cambió de nombre después de la entrada de Mahoma, en honor de su huésped, y se llamó *Medina-el-Nabi*, la ciudad del inspirado. Reconocido por jefe espiritual y soberano de las principales tribus de la ciudad, celebró un tratado con las otras, garantizándoles la libertad completa de su religión. Los unos eran cristianos, los otros judíos, la mayoría idólatra; todos se convirtieron igualmente en súbditos ó aliados suyos.

Las leyes de policía, de justicia, de igualdad y de paz que promulgó apenas tomó posesión de Medina, son un código imparcial tanto como político de tolerancia y equidad. El proscrito, que se acordaba aun de las persecuciones que había sufrido por su fé, la respetaba justamente en los otros. Para ser fuerte, se mostraba justo.

Pronto se reunieron con él en Medina sus dos esposas, Sauda y Aiche, respetadas por los Coraitas á causa de su sexo y de su edad. Púsolas en dos apartamentos separados de la casa, que tenía inmediata á la mezquita. Y cada vez que tomó en lo sucesivo una nueva esposa, preparó nuevos apartamentos, separados del edificio. Los muros de este palacio eran de ladrillos cocidos al sol. Troncos de palmera, formando

arcos, sostenían los bordes salientes del tejado. Tres puertas daban acceso á los patios y á los jardines. Una piedra, colocada en la mezquita, en la parte que miraba á la Meca y Jerusalem, indicaba á los creyentes los dos templos antiguos de Abraham, hácia los cuales debían dirigirse las oraciones para que fueran agradables al Dios único.

LV

Apenas logró Mahoma la posesión de estos asilos, de estos fieles y estos aliados, el espíritu de proselitismo pareció que cambiaba en él en espíritu de conquista. El guerrero reemplazó al profeta. La venganza le hizo coger las armas contra sus perseguidores. Alistó algunos centenares de hombres intrépidos y se dirigió con ellos hácia la Meca.

Cien hombres en aquellos desiertos eran entonces un ejército, y el menor encuentro se llamaba batalla. En estas excursiones armadas celebró tratados con las tribus errantes y alistó á sus guerreros mas valientes en sus tropas. Todas sus ventajas obtenidas en el primer año, se redujeron á la sorpresa y el pi-

llaje de una caravana de la Meca, cargada de pasas y cueros. El subalterno que alcanzó esta victoria en los dias santos fué reprendido por él por haber vertido sangre en *tiempo prohibido*. « Sin embargo, dijo tranquilizándose y repartiendo los despojos entre los creyentes, ¡la idolatría es peor que el homicidio! »

En aquella ocasion estableció el uso que aun subsiste de llamar á los fieles á orar con una señal que reúne los votos del pueblo á las mismas horas en una aspiracion comun. Primero le propusieron los toques de la trompeta que llamaba á los judíos á su templo, luego la *carraca* que convocaba á los cristianos ántes de la invencion de la campana; despues de muchas dudas, prefirió la voz humana, esa señal viva, ese llamamiento del alma al alma, que da á los sonidos el acento de la inteligencia y de la piedad. Instituyó los muezzines, sirvientes de la mezquita, escogidos por la extension y la sonoridad de su voz, para que subieran á las cimas de los alminares, y comunicaran á la ciudad y al campo la hora de la oracion.

Por la vez primera dió este cargo á un liberto de Abubekre, que lo habia acompañado en su fuga, á causa de la melodía de su voz. Él le dictó la antífona inalterable de esta convocacion, repetida despues por tantos miles de bocas en todos los alminares de Africa, Europa y Asia.

« ¡Dios es grande! ¡Yo afirmo que no hay mas que un Dios! ¡Mahoma es el apóstol de Dios! ¡Venid á orar! ¡Venid á la salvacion!

« ¡Dios es grande! ¡Dios es único! ¡Venid á orar! »

Al mismo tiempo fijó el minimum de limosna que todo musulman estaba obligado, ante Dios, á dar á los pobres para redimir su derecho de privilegio de propiedad sobre sus indigentes hermanos. Este impuesto del cielo fué evaluado por el legislador en el décimo de las cosas poseidas. De esta suerte corrigió, por medio de una prescripcion caritativa, la excesiva aficion al lucro, vicio egoista de los árabes, y niveló incesante y voluntariamente las desigualdades de fortuna con esta perpetua salida ocasionada por las limosnas. Era el *jubileo* de los judíos, que anulaba todas las deudas cada siete años, aplicado en otra forma á los musulmanes.

Esta ley, observada escrupulosamente en todo el islamismo, sirvió siempre para amortiguar el escándalo de las riquezas excesivamente acumuladas y el escándalo de las pobrezas demasiado profundas. Ella propagó tambien el espíritu de familia y los deberes de fraternidad por todo el pueblo.

LVI

No contento con sus primeros triunfos militares, trató de herir insidiosamente á sus enemigos, los coraitas, con su fama. Encargó á los poetas mas populares de Medina que propalaran sátiras é invectivas contra sus antiguos compatriotas en la Arabia, y que celebraran la nueva religion. Hassan, uno de esos poetas convertidos, aceptó el encargo, y enseñándole la lengua al profeta, le dijo: « ¡Tú ves esta lengua, corta es, pero no hay cuero ni escudo que no pueda atravesar con ella! » Mahoma se sonrió y le dijo: « ¡Pero cómo harás para atacar á los coraitas sin que el baldon que caiga sobre mi tribu, no me ofenda á mí mismo! — Tranquilízate, replicó Hassan, yo te sustraeré de en medio de tus ingratos compatriotas, como se arranca un cabello de la pasta que se amasa para hacer el pan. — ¡Pues bien! vé á buscar á Abubekre, le dijo el profeta, él te referirá todas las anécdotas injuriosas acerca de las genealogías y las familias de los coraitas; ¡hiere con tu lengua á los enemigos de Dios, y que los ángeles te inspiren! »

Avergonzado Mahoma de su inercia de dos años, salió por fin de Medina al saber que cruzaba el desierto una caravana de la Meca, escoltada por el ejército coraita, en direccion de la Siria. Su ejército no contaba mas que trescientos catorce combatientes montados en setenta y cuatro camellos. Dos banderas, una negra y otra blanca, eran llevadas delante de él por Alí y por un habitante de Medina.

Hé ahí el ejército que iba á cambiar la faz del mundo mas profundamente que los ejércitos de Jerjes y de Napoleon con su millon de soldados. La medida de los acontecimientos no consiste en el número de los combatientes, sino en la causa que los produce. Un millon de soldados, combatiendo por la ambicion ó la gloria de un conquistador, sucumben sin dejar mas rastro que el de sus huesos en la tierra. Trescientos catorce hombres, combatiendo por la idea desinteresada de la unidad de Dios contra pueblos idólatras, conquistan para muchos siglos un tercio del universo, y lo adhieren á su causa. La victoria, á pesar de lo que ha dicho un soberano materialista de estos tiempos, no es siempre compañera de los numerosos batallones; la victoria es de Dios y de aquel que combate por el espíritu de Dios contra el espíritu corrompido de los hombres.

La caravana y el ejército de la Meca iban mandados

por un guerrero ilustre, enemigo de Mahoma, llamado Abu-Sofyan. Instruido por sus espías de que Mahoma estaba cerca, envió á pedir refuerzos á la Meca. El mensajero se paró, montado en su dromedario, en el vallecillo inmediato á los muros de la Kaaba. Como señal de terror, cortó las orejas á su camello, y la sangre de la herida chorreaba sobre su cabeza; volvió la silla del animal hácia la grupa, desgarró su vestimenta, y gritó siete veces: « ¡Coraitas! ¡ á la caravana! ¡ á la caravana! Mahoma la envuelve, todo va á perecer, hombres y mercancías: ¡ socorro! ¡ socorro para vuestros hermanos! »

Esta voz y estas señales de desesperacion hicieron levantar en masa á los coraitas. Rehusando uno de los mas viejos el salir á causa de su corpulencia: « Perfúmate, le dijeron sus compañeros, ¡ porque tú no eres mas que una mujer! » Ruborizóse y marchó con ellos.

El ejército contaba cien caballos y mil guerreros. Mahoma, acampado en Beder, á cuatro jornadas de Medina, tuvo noticia del formidable refuerzo que esperaba Abu-Sofyan. El número no lo asustó, pero podía asustar á sus soldados. Mandó que se reunieran: « Profeta, dijo Abubekre, condúcenos adonde Dios te ordene, nosotros no imitaremos á los de Israel que decian á Moisés: « Vé, tú y tu Dios pelearéis contra el

enemigo; nosotros nos quedamos donde estamos. » Nosotros te diremos: « Vé, tú y tu Dios, ¡ nosotros combatiremos con vosotros! » — ¡ Aun cuando nos llevaras enmedio de las olas del mar, le dijo el primero de sus discípulos de Medina, Sad, nosotros te seguiríamos! » El fanatismo de sus soldados secundó el suyo.

Sus espías, enviados delante para que le avisaran la aproximacion del enemigo, se sentaron cerca de un pozo rodeado de mujeres, y oyeron á una de ellas que decia á otra: « ¡ Te pagaré lo que te debo, cuando venda alguna cosa á la caravana, que pasa mañana por aquí! »

Un momento despues, buscando por su parte Abu-Sofyan, jefe de los coraitas, indicios del ejército de Mahoma, llega cerca del mismo pozo: « ¿ Habis visto algun extranjero? preguntó á las mujeres. — Sí, dijeron ellas, hemos visto á dos viajeros montados en sus camellos, que han venido á beber en esta fuente, y que se han vuelto á marchar. »

Abu-Sofyan lanza su caballo en busca de los espías de Mahoma, y reconociendo los cuescos de dátiles en el excremento de sus camellos: « ¡ Por la Kaaba! dijo, son camellos de Yathreb. » En seguida se volvió á incorporar con su ejército para seguir aquella pista.

L.VII

Descubriéronse mutuamente los dos ejércitos al siguiente día. Mahoma dispuso el suyo como general que conoce el terreno. El entusiasmo de sus soldados compensaba la inferioridad numérica. Miéntras los formaba en batalla, alineándolos con una flecha despuntada, para que no sobresaliese un pecho mas que otro, dió un ligero golpe con su flecha en el muslo de Sewad, uno de sus mejores combatientes, que no estaba bien alineado. « ¡Me has hecho mal, profeta, le dijo Sewad, y segun las leyes que tú nos has traido, en nombre de Dios, tengo derecho para herirte á mi vez! — Pues bien, véngate, repuso Mahoma, y abriendo su manto, presentó su costado desnudo al soldado para cumplir sus propios preceptos. Pero en vez de herirlo, Sewad echó los brazos al profeta y le besó el pecho descubierto: « ¡Estamos, le dijo, en una hora suprema en frente de la muerte; tal vez voy á morir; ántes de separarme de tí para siempre, he querido que mi piel tocara la tuya! »

El ejército de los coraitas bajaba ya de las colinas.

Mahoma se puso un poco retirado, en una eminencia, bajo una cabaña de cañas que le habian construido sus soldados, teniendo junto á ella algunos caballos de carrera, propios para la carga ó para la fuga. Una cisterna separaba los dos ejércitos.

La batalla se empeñó entre algunos ginetes que galopaban para apoderarse del agua de la cisterna. Muy pronto se generalizó el ataque que comenzó de individuo á individuo. Mahoma observaba todos los movimientos desde lo alto de la colina. Envió orden á sus soldados de que permanecieran inmóviles en el sitio que les habia señalado, que tiraran á los caballos de los coraitas, y que no cargaran ellos mismos hasta despues de haberlos fatigado. En seguida, levantando los brazos al cielo y midiendo el poco espacio ocupado por los suyos, comparándolo con la nube de enemigos que cubria la falda de las colinas: « ¡Señor del cielo, exclamó, acuérdate de las promesas que has hecho á tu servidor! ¡Si dejas perecer á ese puñado de fieles, dejarás de ser adorado en esta tierra en espíritu y verdad! » Con el ardor de la invocacion se deslizó su manto de los hombros. Abubekre se lo puso. ¡Basta! ¡basta! profeta, le dijo, ¡Dios no faltará á su palabra! »

Apoderóse de Mahoma un súbito desfallecimiento que lo privó del uso de sus sentidos. Esperaron á que

volviera en sí de su desmayo. Verificólo con una fisonomía radiante de esperanza. « He visto el espíritu de Dios con su caballo de guerra detrás de él, dijo. ¡Aprestábase á pelear con nosotros! Todo el que combatía hoy con valor y muera por las heridas recibidas de frente al enemigo, ganará el paraíso. »

Habiendo oido estas palabras uno de sus guardias que estaba sentado junto á él, comiendo dátiles á la sombra de la cabaña, exclamó : « ¡Cómo! ¡no es necesario para ganar el paraíso mas que morir á manos de esa gente! » Y arrojando los dátiles y sacando el sable, se lanza á la pelea, mata cinco coraitas, y muere contento con la esperanza de alcanzar el prometido paraíso.

Otro se acerca á Mahoma y le pregunta qué acción será mas propia para hacer sonreír á Dios de alegría en el cielo. « La acción de un guerrero, le responde, que se precipita en medio de los enemigos sin mas armadura que su fé. » El soldado tira el escudo, se despoja de la coraza, se lanza y muere.

En fin, espiondo Mahoma el momento en que el primer ardor de los ginetes coraitas se amortigüe contra la inmovilidad de sus soldados, coge un puñado de arena, y arrojándola como una maldición visible hácia el lado de los coraitas : ¡ cargad ahora, musulmanes ! » les gritó.

LVIII

A esta señal, los musulmanes, largo tiempo contenidos, caen como una tempestad sobre las filas ya desordenadas de los idólatras. Unidos los unos con los otros por el entusiasmo y por la disciplina, el empuje de este puñado de hombres abre brecha por todas partes en el confuso tropel de los enemigos. Todos huyen ó caen bajo sus golpes. La llanura se cubre de cadáveres ó de ginetes desmontados. Por uno y otro lado se ve á los vencedores traer á los vencidos desarmados al pié de la colina del profeta. Uno de sus oficiales se indigna contra la compasión que perdona la vida á los infieles. Mahoma lo reprende y manda que se respete á los vencidos.

A cada instante le traen coraitas, muy conocidos por haberlo perseguido. Él los perdona, pero pide con interés noticias del mas irreconciliable de sus enemigos, Abudjal. « Buscadlo en el campo de batalla, dijo á sus guardias, lo conoceréis por la cicatriz de una herida que se hizo en la rodilla, luchando en su juventud conmigo para ganar el asiento de honor en un